

INSPECTORIA DEL DIVINO SALVADOR CENTRO AMERICA



Don Domingo Ricci Marchioni

Con serena satisfacción en su semblante cubre una humilde botella de Coca Cola, durante un agasajo recibido en Ayagualo, con ocasión de su cumpleaños.

QUERIDOS HERMANOS:

"La mañana del 11 de octubre de 1990 -escribía el P. Carlos Chiu Fuentes, en aquel entonces, director del Colegio "Santa Cecilia", Santa Tecla- a eso de las 5:30 horas, cuando el hermano Don Domingo Ricci se encontraba caminando a inmediaciones de su dormitorio, le sobrevino en forma fulminante un infarto al miocardio, según dictaminó el médico, que enseguida acudió a auxiliarlo.

Apenas tuvimos tiempo para administrarle el sacramento de los enfermos y acompañarlo, con nuestras oraciones, en aquellos momentos postreros, mientras nuestro hermano pasaba a la eternidad.

A la misa de cuerpo presente, que tuvo lugar en el templo de María Auxiliadora, en la capital salvadoreña, acudieron muchas personas especialmente pertenecientes a la familia salesiana y estuvo presidida por el señor Arzobispo Mons. Arturo Rivera Damas sdb, acompañado por un buen grupo de sacerdotes salesianos".

Los restos mortales de nuestro querido difunto fueron inhumados en la cripta mortuoria del arriba citado templo de María Auxiliadora.

NOTAS BIOGRAFICAS

El futuro salesiano inició su vida terrena el 13 de octubre de 1907 en Pietrocolora di Gaggio Montano (Bologna, Italia).

Sus padres fueron: José Ignacio Ricci y Virginia Marchioni, "buenos agricultores", dejó escrito Don Domingo.

El 20 de agosto de 1922 -después de cursar dos grados de enseñanza elemental- entró en el Colegio "Cardenal Cagliero" de Ivrea, con el deseo de llegar a ser coadjutor salesiano.

"En dos años -según sus palabras- aprendió dos oficios: agricultor y panadero. Trabajaba de día, y de noche estudiaba, logrando así finalizar "il primo anno básico".

Destinado a la Inspectoría de Centro América y Panamá, ingresó al Noviciado de Ayagualo, El Salvador, el 5 de diciembre de 1928. No pudiendo terminar este año de prueba por motivos de salud, fue enviado al Colegio Santa Cecilia, Santa Tecla, para reposar.

En 1929 tornó a la casa de Ayagualo con el fin de iniciar nuevamente su noviciado, logrando emitir los primeros votos religiosos trienales el 23 de diciembre de 1929.

En 1930 estuvo en el Colegio Don Bosco de Guatemala, como maestro de primaria y de 1931 a 1937 desempeñó los cargos de maestro de primaria en la primitiva escuelita anexa de Ayagualo y dedicando el tiempo libre a la música y a la zapatería.

hombre trabajador", aún cuando, tal vez, presintiera que estaba por llegar a la recta final de su vida.

No tenía obligaciones determinadas, en atención a su edad, pero él buscaba la mejor manera para estar ocupado.

Cultivaba en varias eras o cuadros sus preferidas hortalizas: lechugas, achicoria, rábanos, berenjenas, etc. Conforme avanzaba el cansancio, inherente a su edad, fue restringiendo el área del cultivo, pero no quiso abandonar la horticultura, uno de los favoritos trabajos de su larga existencia.

Más aún, su afición a la citada rama agrícola la conservó hasta en los días cercanos a su ocaso.

El varias veces citado P. Chiú Fuentes, en efecto subraya: "Disfrutaba trabajando en su pequeña huerta, cuyos productos mostraba orgullosamente, cual si fuera un trofeo, y los distribuía entre los miembros de la comunidad y sus amigos allegados".

CORAZON ORATORIANO

Los domingos y días festivos le servían, así mismo, para revivir sus antiguas y notorias actividades oratorianas. Aunque con limitado tiempo, le gustaba entretenerse con los jóvenes en diversos juegos, bajando incluso a la rústica cancha de fútbol, con la finalidad de animar a los jugadores, llamándoles, incluso, la atención, cuando alguna jugada le parecía desacertada...

Con el objeto de amenizar mejor las misas festivas, se le ocurrió bajar el órgano del coro de la capilla, con el fin de ubicarlo cerca del altar. "Así, decía, podré dirigir mejor a los cantores y enseñar nuevos cantos, atrayendo a más feligreses a la celebración de la misa".

Ayudado por varias personas, logró colocar, enteramente incólume, el citado instrumento musical, en el lugar apetecido. El paso silencioso de los años, sin embargo, proporcionó una respuesta negativa, y el antiguo maestro de música - debido a los achaques oculares y auditivos- no logrando tocar al unísono con el grupo de cantores, tuvo que abandonar, con tristeza, sus laudables planes.

FUERTE Y VALIENTE EN EL DOLOR

"Soportó con espíritu de fe los achaques de los últimos años, especialmente, los de la vista, que se le había debilitado grandemente", escribía el P. Emilio Coalova a un sacerdote residente en Tailandia, muy amigo de Don Domingo.

Y nuestro recordado difunto dejó escrito cuanto sigue, referente a la repentina enfermedad: "Durante el trabajo fui presa de una herpes y tuve que recurrir a los médicos para evitar una parálisis, porque me afectó la cabeza, el ojo derecho y un oído. Estuve nueve meses recluso en el cuarto, y cuando me sentía un poco bien, iba a trabajar, pero siempre bajo el control médico. Esta dolencia me duró

república trabajó como maestro de zapatería y asistente en la antigua Escuela de Artes y Oficios, durante el lustro 1958-1962.

En 1970-1978 - cuando ya los talleres habían sido trasladados al moderno Instituto Técnico Don Bosco, ubicado en Paitilla, lo encontramos desempeñándose como organista del templo Don Bosco y encargado de la tienda escolar.

SU AFICION A LA MUSICA

Se puede decir que esta inclinación era proverbial en Don Domingo y que no perdonaba fatigas hasta conseguir los objetivos establecidos. Un maestro de banda sabe perfectamente el sacrificio que implica la formación de futuros músicos, máxime cuando éstos desconociendo en absoluto el arte de Euterpe - deben empezar por el do-re-mi-fa-sol...

Don Domingo sufría cuando, al llegar a una casa, ~~se~~ se percataba que la banda, surgida en los mejores tiempos, había enmudecido.

Así le ocurrió cuando al regreso de la visita a sus parientes después de 25 años de labor en nuestra Inspectoría - se dio cuenta de que la banda del Colegio Santa Cecilia ya no existía.

"Después de cuatro años sin banda - escribía - el Inspector y el Director llamaron al Señor Ricci, año 1953, para que se tomara el cargo de formar la banda. Con duro trabajo lo logró y la banda tomaba parte en los desfiles patrios, porque tocaba bien".

Durante su última estadía en el Colegio Santa Cecilia - 1983-1990 - nuestro estimado factotum, mientras ponía en orden los cuartos, encontró los instrumentos de la banda de 1954 "tutti rovinati e pensò aggiustare quelli che era possibile".

Y Don Domingo - añorando seguramente los felices años "d' un tempo che fu"... se puso a la obra, logrando arreglar varios instrumentos, los cuales fueron vendidos, "col permesso del Direttore don Peralta" (subrayaba), lográndose una ganancia de unos 1.860,00 col. que "furonο consegnati, man mano, a don Carranza, al P. Peralta y P. Jorge", dejó escrito.

Su afición a la música la conservó hasta en la decadencia de su vida.

"Con frecuencia se le oía - escribía el P. Carlos Chiú Fuentes - en la quietud de los dormitorios, ensayar melodías en el acordeón, el clarinete y la armónica para, posteriormente, interpretarlas en el comedor con ocasión de los cumpleaños de los hermanos.

EL ULTIMO DECENIO

Durante los dos años y meses que el recordado Don Domingo estuvo en Ayagualo, no desmintió - en su vida diaria- el calificativo merecido de ser "un

UN AUTODIDACTA

Realmente es sorprendente la forma en que el Señor Ricci llegó a ser tan útil a la Congregación, y me permito subrayar este aspecto a fin de que, a quienes no les fue dado conocer "in loco" el fruto de la tenacidad y generosa entrega de nuestro hermano en cuestión, puedan apreciar el edificante caminar terreno de quien supo sacar partido de las capacidades recibidas de lo alto, no obstante las limitaciones surgidas por las circunstancias.

"Di buona intelligenza" -según afirmación de su maestro de primaria, allá en su pueblo natal- cayó en la cuenta de que no debía contentarse con ser un buen agricultor y servicial panadero (oficios aprendidos, como hemos visto, en Ivrea), sino que podía aumentar el caudal de sus conocimientos.

Hurtando horas al sueño para el estudio, y siendo todo ojos y oídos con buenos maestros ocasionales, llegó al punto de impartir, con eficiencia, clases de música, zapatería, gimnasia y otros deportes, en especial el foot-ball.

El mismo lo decía: "Estudié música para ser después maestro de banda. Estando en el Santa Cecilia aprendí la zapatería en 3 años y obtuve el diploma. En cuanto a la música conseguí de grandes maestros, como Perotti y Ayala, el certificado de maestro de banda y, en cuanto al deporte, obtuve un certificado honorífico del gobierno en gimnasia deportiva".

Tampoco se contentó con lo aprendido en la zapatería corriente, y con el objeto de dar un paso más en este ramo, en una carta dirigida al P. Inspector solicitaba el permiso para poder ir a un lugar en donde podía encontrar la ocasión de aprender el arte de confeccionar zapatos ortopédicos.

Un "arte", decía él, y no le gustaba que subestimaran la fabricación del calzado.

Cierta vez, quien esto escribe, se permitió citar, en su presencia, una sentencia en detrimento o menoscabo del oficio de zapatero, y Don Domingo, un tanto amoscado y con mal disimulada ironía, dijo: "zapatero"... ¿sabe usted lo que cuesta aprender ese oficio y que, considerados muchos detalles, bien se puede decir que es un arte"?

Y, tomando en cuenta las sorprendentes muestras del calzado actual, tuve que admitir que el maestro tenía razón...

UN GRAN TRABAJADOR

"Religioso sencillo y humilde -subraya el P. Emilio Coalova, Secretario inspectorial- laboró en diversas y humildes mansiones en servicio de los jóvenes y de la comunidad."

Las aptitudes arriba señaladas, las desempeñó con su característico entusiasmo también en Guatemala, Costa Rica y Panamá. En esta última

dos años y nueve meses. Finalmente, gracias a Dios, me recuperé bastante y pude seguir trabajando".

Y el P. Chiú Carlos agrega: "Desafortunadamente en los dos últimos años de su vida, le sobrevino una molesta herpes en la cara, que le afectó sobre todo un ojo y un oído, disminuyéndole ostensiblemente su vitalidad. Don Domingo luchó denodadamente por extirparla y no perdió en ningún momento la esperanza de vencerla".

Que nuestro hermano abrigaba la confianza de superar aquella dolencia, lo demuestra su actitud optimista hasta el fin.

Varias veces me fue dado observarlo cuando - apoyado en su habitual bastón y defendiendo sus ojos con lentes oscuros - se dirigía a la querida huerta.

"Estoy viendo, me dijo cierta mañana, lo poco que he sembrado en esta era. Algo se puede hacer todavía, añadió con un suspiro, recordando, tal vez, todo un pasado, que se esfumaba tras la brumas del tiempo...

¿De dónde procedía esa esperanzadora fortaleza de nuestro querido hermano, frente al dolor, aún cuando podía vislumbrar el final de su vida?

Parece que él mismo dejó la respuesta, cuando escribió: "Il Signor Ricci fu uomo di preghiera"... Creo que no debemos buscar en otro apartado una respuesta más convincente.

El P. Carlos Chiú Fuentes, en efecto, subrayó muy acertadamente esta faceta luminosa de Don Domingo, diciendo: "La devoción filial a la Virgen María lo llevaba todos los días a añadir uno o más rosarios, al rezado comunitariamente, y a acercarse reverentemente, musitando una plegaria, a una imagen de María Auxiliadora, ubicada cerca del comedor".

Hermanos, creo no estar equivocado al pensar que nuestra Auxiliadora le obtuvo la gracia de poder abandonar este conflictivo mundo terreno, sin tener que soportar largas e interminables horas en el lecho del dolor. ¡Tenía en su haber tantos días de sufrimiento, sobrellevados con cristiana fortaleza!...

Seamos generosos en sufragios por su eterno descanso, y que el divino Pastor se digne suplir la ausencia terrenal de nuestro recordado hermano, enviando muchos candidatos de repuesto.

Con su saludo fraterno,

P. J. A. Rivera

DATOS PARA EL NECROLOGIO

HNO. DOMINGO RICCI MARCHIONI

Nació en Pietrocolara di Gaggio - Bologna, Italia, el 13 de octubre de 1907. Murió en Santa Tecla, El Salvador, el 11 de octubre de 1990, a los 83 años de edad y 61 de profesión salesiana.